

D-37.-

LA LEY DEL AMOR

por Francisco-Manuel Nácher

- ¿Cómo hay gente que, sabiendo que no es cierto lo que dicen, lo dicen? Hay que ser ciego o loco, o no sé cómo calificarlo, para decir que lo que estás viendo que es blanco, es negro.

- No es tan difícil de entender. Pero, de esa histórica incompreensión - y, precisamente, por parte de los más evolucionados, los que saben distinguir entre el blanco y el negro, y precisamente demostrando que han caído en la misma trampa que aquéllos a los que descalifican - han nacido toda la violencia y todas las miserias de las que la Humanidad ha sido víctima.

- Ahora resultará que el malo soy yo ¿no?

- No es que seas el malo. Es que, creyéndote superior, o más en lo cierto, o con más derecho, haces lo mismo que aquél a quien condenas: Despreciarlo. Y con ello sólo demuestras que esa superioridad tuya es imaginaria.

- O sea, que yo no sé lo que es bueno y lo que es malo y lo que es verdad y lo que no lo es.

- No se trata de que sepas distinguirlo. Lo que estamos dilucidando es qué uso haces de ese conocimiento.

- No te entiendo.

- Mira. Tú sabes que, en última instancia, el progreso de la humanidad, en cualquier campo, se debe siempre a su conocimiento y manejo de las leyes naturales que va descubriendo.

- No estoy tan seguro.

- Bueno, te pondré algunos ejemplos y te convencerás: El hombre primitivo que, ignorando que la frotación de los cuerpos transforma la energía del movimiento en calor, no podía calentar un leño frotándolo; es decir, podía, pero eso para él no tenía objeto ¿no?

- Por supuesto.

- Sigamos. Si ese hombre no sabía tampoco que, al alcanzar cierta temperatura, el leño ardía, tampoco tenía sentido para él frotar el leño. Pero, para el que conocía ambos fenómenos - que no son sino la plasmación en la realidad de dos leyes naturales (toda frotación produce calor y cada cuerpo tiene su temperatura de ignición) - la cosa era fácil: Utilizó - obedeció, en términos exactos - ambas leyes y, mediante ello, obtuvo el fuego. ¿Quieres más ejemplos? Tú mismo, y yo, y todos, de recién nacidos cuando, desde la cuna alzábamos los brazos para alcanzar la bombilla del techo o el osito de peluche del estante, ignorábamos la existencia de la distancia y por eso intentábamos cosas imposibles. ¿Y qué pasó? Pues pasó que con la repetición de intentos infructuosos, aprendimos la ley (para alcanzar algo con la mano ha de estar a menor distancia de lo que da de sí el brazo) y, desde entonces, alargamos la mano hacia lo que sabemos que podemos alcanzar - la frase es "lo que tenemos a mano" - y renunciamos a aquello que no alcanzamos o nos valemos, para alcanzarlo, de otro conocimiento - herramientas - lo cual no es sino la utilización de otras leyes naturales, que ya hemos aprendido.

- Comprendo por dónde vas.

- Y, si sigues examinando cuantas cosas quieras, cuantas actuaciones desees, siempre te encontrarás con la misma respuesta: Sólo se trata de conocer las leyes naturales y luego, obedeciéndolas, utilizarlas para conseguir lo que nos proponemos.

- ¿Por qué obedeciéndolas?

- Pues porque, si no las obedeces, las leyes naturales no te ayudan. Si el hombre primitivo no obedecía la ley del calentamiento por frotación o la

de que hay que elevar la madera a su temperatura de ignición, ¿cómo podía conseguir fuego? Y si tú y yo y todos, no obedecemos la ley de las distancias y tratamos de asir con las manos algo más allá de nuestro alcance, estamos repitiendo nuestra intentona de bebés. Las leyes naturales hay que descubrirlas, conocerlas y obedecerlas, que equivale a decir "utilizarlas".

- Bien, ¿y qué tiene esto que ver con que yo estoy al mismo nivel que el que no distingue el blanco del negro?

- Pues tiene mucho que ver. Lo mismo que esas leyes que te he expuesto se refieren al mundo físico, el mundo que vemos y tocamos, también hay leyes naturales, - es decir, superiores al hombre, que les está sometido y no puede sustraerse a ellas - y que rigen el mundo de los sentimientos y de las emociones y aún el mundo del pensamiento. Y esas leyes, por ser leyes naturales, es decir, consustanciales al mundo, al que están configurando permanentemente, son infranqueables para el hombre y - quizás por no ser obra del hombre sino de Dios, de la naturaleza o como lo quieras llamar - no se pueden incumplir, es decir, ignorar, si se quiere uno desenvolverse normalmente. Mejor dicho: Se pueden incumplir, pero la consecuencia del incumplimiento se producirá, sin tener en cuenta ni la intención del infractor, ni su carácter, ni su edad, sexo o condición y, además, de modo inevitable. Por ejemplo: Tú puedes arrojar una piedra a lo alto, pero esa piedra volverá a caer a la tierra; tardará más o menos, pero caerá cumpliendo la ley de gravedad; o puedes arrojarte por la ventana y aletear como un pájaro pero, como no eres un pájaro y no cumples las leyes que permiten volar, te estrellarás contra el suelo; o puedes ingerir un veneno, infringiendo la ley que te obliga a vivir y, salvo que uses un antídoto - lo cual sería emplear, es decir, obedecer otra ley natural - te morirás. Y así podría ponerte miles de ejemplos.

- ¿Y cuál es esa ley que yo infrinjo igual que el ignorante que llama negro al blanco?

- Son varias. La primera establece que todo hombre, en cualquier instante de su vida, posee - y ajusta su conducta a ella - una escala de valores.

- ¿A qué llamas tú aquí una escala de valores?

- Pues, a una serie de cosas que te son importantes, por necesarias o convenientes, ordenadas de mayor a menor interés, es decir que, cualquier valor tú estás dispuesto a sacrificarlo en favor de otro que esté por encima en tu escala de valores.

- No sé...

- Eso es exactamente así. Es una ley. Y lo vas a ver: Tú, por ejemplo - y sólo es un ejemplo, pues yo no puedo conocer tu escala de valores - tienes como primer valor la conservación de la vida (salud, alimentos, etc.), después las posesiones (dinero, bienes, etc.), luego los placeres, etc. Si tienes dinero pero peligra tu vida, que está por encima en tu escala de valores, ¿no sacrificarás el dinero que haga falta para salvarla?

- Hombre, claro.

- Y, si peligra tu fortuna, ¿no sacrificarás los placeres para conservarla?

- Sí. En el supuesto que tú has propuesto, sí.

- Claro, ahí estaría precisamente la diferencia, por ejemplo, entre un personaje calderoniano o de Lope de Vega, en cuya escala de valores el honor estaba por encima de la vida, y otro con esos valores invertidos.

- Ya comprendo. Sigue.

- Sigo. La segunda ley natural, a este respecto, establece que esa escala de valores, a lo largo de la vida e, incluso, a veces, a lo largo del día, va variando su orden de prelación. Por ejemplo, para el niño, el jugar está por encima del aprender pero en un adulto es lo lógico que ese orden se invierta. Tú te puedes levantar hoy, por ejemplo, con la amistad por encima de la propia estimación pero luego, cuando tu amigo te ofende, cambias el

orden, sacrificas la amistad al amor propio y le contestas "debidamente" a tu amigo.

- ¿Y?

- Falta, para aclarar el caso que nos ocupa, una tercera ley natural, muy importante y muy ignorada, que establece que cada hombre hace todo lo que hace lo mejor que puede, de acuerdo con su escala de valores de ese momento.

- Hombre, eso es un poco fuerte ¿no? Eso puede conducir a que todo esté justificado.

- Exactamente. Y a eso conduce. Y la ignorancia de eso es lo que ha producido la miseria de la Humanidad.

- ¿Quieres decir que hay que justificar, por ejemplo, al asesino, al violador o al ladrón, por ponerte tres ejemplos bien claros?

- No quiero decir, en modo alguno, que la sociedad tenga que justificarlos sino que, en el momento de cometer sus respectivos delitos, actuaron de acuerdo con su escala de valores de entonces.

- Por tanto ¿qué debe hacer la sociedad? ¿Agradecerles su delito?

- No. La sociedad, que ha establecido también su escala de valores que, teóricamente es la suma o el compendio o, mejor, la media aritmética, de las escalas de valores de la mayor parte de sus componentes, espera y exige que todos sus miembros ajusten a ella su propia escala de valores - esa es la principal misión de la educación - y actúen en consecuencia. Y, cuando no ocurre así, obviamente, queda demostrado el carácter antisocial de esa conducta - ojo, he dicho de esa conducta y no de esa persona - y reacciona como tiene establecido, es decir, separándolos de la sociedad, y metiéndolos en la cárcel con el fin de que paguen su delito. Y ahí está el error.

- ¿Error por qué? ¿Es que no son delitos? ¿Es que no son delincuentes?

- Sí. Son delitos. Y, si al que comete un delito se le llama delincuente, son delincuentes. Pero sólo en el momento de delinquir. ¿Tú no has tenido nunca la tentación e incluso te has recreado en ella, de "cargarte" a alguien o de aprovecharte de alguien o de apropiarte de algo ajeno y, seguramente, las has vencido? ¿Eres delincuente por eso? No, pero solamente porque la sociedad no lo sabe. Me dirás que tú no has pasado del pensamiento y ellos sí. Pero, en el fondo, no es tan grande la diferencia - fíjate que, desde el punto de vista religioso ambas cosas tienen, curiosamente, igual gravedad - psicológicamente visto. Y la manera de restablecer el equilibrio jurídico, alterado por el delito, no consiste en castigar.

- ¿En qué consiste, pues?

- Sencillamente, en cambiar la escala de valores, de modo permanente, a los que tú llamas delincuentes. ¿A ti no te ha remordido algo la conciencia, aunque los casos más conocidos no se han dado en nuestro país, cuando has sabido que se había ejecutado en la cámara de gas o en la silla eléctrica a un delincuente, equis años después de su delito, cuando ese delincuente había manifestado su arrepentimiento sincero, había escrito libros, había estudiado carreras, en una palabra, había dado más garantías que muchos ciudadanos libres, de que su escala de valores se había reajustado y hubiera sido un ciudadano ejemplar? ¿Y por qué te remordía la conciencia por aquella muerte y te parecía injusta? Pues porque ese hombre te constaba que había reestructurado, de modo fiable, su escala de valores, es decir, que no era probable que, en las mismas circunstancias, repitiese lo que hizo. ¿Tú no sabes que lo que hace avanzar a la Humanidad y a cada uno de sus componentes es, precisamente, la comisión de errores y su enmienda posterior, es decir, el "aprender la lección"? ¿No ves que el verdadero mérito no está en la "inocencia", que supone inactividad y, por tanto inexperiencia, sino en la "virtud", que presupone haber caído, haberse levantado y haber aprendido la lección que incluye inexcusablemente el propósito de enmienda?

- Sí. Me parece razonable. Pero acaba de aclararme el asunto al que íbamos.

- Ahora ya puedo hacerlo: Si tú ves una cosa blanca y otra negra, como tú dices, es decir, si un asunto te parece correcto y otro no, es sencillamente porque el primero está por encima del segundo en tu escala de valores.

- ¿Así de sencillo? Y ¿qué pasa con los otros?

- Pues que su escala de valores está estructurada al revés, sencillamente.

- Entonces resulta que ya no hay nada bueno ni nada malo y que todo es café con leche, ¿no?

- No. Lo que pasa es que los conceptos de bueno y malo, como los de bonito y feo, caliente y frío, este y oeste, etc., etc., son conceptos relativos y no absolutos, dependiendo siempre de la jerarquía de valores de cada uno y de la sociedad en que vive. Lo que para ti es superfluo, para un necesitado puede ser vital. Lo que para ti es frío, para un esquimal puede ser agradable. Lo que para ti es irrespirable, para un sherpa es lo normal...

- ¿Y qué? Volvamos al violador, por ejemplo ¿cómo lo explicas?

- Muy sencillo. Fíjate: Hasta puede ocurrir que su escala de valores sea parecida a la tuya o a la mía. Pero, en un determinado momento, el deseo sexual, que está normalmente por debajo del respeto a los demás, pasa a un lugar preferente y él actúa de acuerdo con su escala de valores haciendo lo que en ese momento es lo mejor que puede hacer. Otra cosa será que esa conducta sea la correcta, a tenor de la escala de valores de la sociedad que, como te he dicho, es la quintaesencia de las de sus componentes. Recuerda que en la edad de piedra el hombre iba a la caza de hembras y estaba bien visto, lógicamente, a tenor de la escala de valores de aquella sociedad. Y otra cosa será que, si se ha producido esa transposición rápida en el violador, ello se deba a que su escala de valores no es aún lo suficientemente firme en ese aspecto. Pero él actuó lo mejor que podía y

sabía actuar. Y la labor de la sociedad, si desea que no vuelva a violar, ha de consistir en cambiar, de forma firme y estable esa escala de valores.

- ¿Y con relación a lo nuestro?

- Pues lo mismo. Las personas que tú acusas, para ti equivocadas o malintencionadas, han actuado de acuerdo con su escala de valores y, aunque a ti te pese, han hecho lo mejor que podían hacer. ¿Que resulta que se han vendido? Pues eso será porque en su escala de valores el dinero está por encima de la veracidad. Pero ¿hasta qué punto tienes tú que ponerte furioso y despreciarlos, cuando no hay relación de causa a efecto entre su actuación y tu cólera, sino entre su actuación y la estructura de tu escala de valores? ¿Tú no comprendes que, si es cierto que ellos han trasladado el dinero por encima de la veracidad, tú has trasladado el odio y el desprecio por encima del respeto a tus semejantes? ¿En qué puedes considerarte mejor?

- Hombre, visto así, tienes razón. Pero, si todo lo que me dices es como me lo dices, ¿cómo es que nadie se ha dado cuenta hasta ahora?

- Claro que se han dado cuenta. ¿Qué crees que significa aquello de "no juzguéis y no seréis juzgados" o aquello de que "el que esté libre de culpa que arroje la primera piedra" o aquello, definitivo de "ama a tu prójimo como a ti mismo"? Y ¿qué crees que han predicado todos los fundadores de religiones y todos los filósofos importantes? Lo que ocurre es que también la Humanidad va errando y aprendiendo de sus errores. Y por eso las leyes van cambiando, generalmente a mejor; y por eso aparecen la Cruz Roja y Cáritas y la Unicef y Manos Unidas y Proyecto Hombre y la Madre Teresa de Calcuta y la Declaración de los Derechos Humanos y los del Niño y todo eso está cada vez más de moda; porque la Humanidad se va concienciando, va asimilando sus errores y está reajustando su escala de valores. ¿Que quedan aún racistas, fanáticos religiosos o antirreligiosos, intransigentes?. Claro que quedan. Pero la dirección que ha de seguir ya la tiene clara la Humanidad. Y, mira como todas esas organizaciones

internacionales, e incluso las constituciones de muchos países, ya no hacen diferencias basadas en el sexo, la raza, la religión, la clase social, la cultura, las ideas políticas o cualquier cosa que no sea la característica de pertenecer al género humano. Se fijan en el hombre. Y, en ese camino, pronto habrá voces pidiendo que se estudie y se proclame y se haga propia la nueva ley que el hombre acaba de descubrir, la única solución de la Humanidad: La Ley del Amor. Y, curiosamente, resultará así que la ciencia acabará coincidiendo, al fin, con la religión, y se habrá cerrado un período de la historia de la evolución del hombre.

* * *